Recuerdos de infancia

Navidad 2017 Christmas 2017

I- La alameda

Los lugares, los paisajes que fueron escenarios de los juegos de nuestra infancia, serán siempre para cada uno de nosotros, los más hermosos mundos del universo. El cielo real y para la eternidad en el alma de cada persona.

En la ciudad, a media mañana, el ambiente olía a lumbre. La luz del sol se veía como apagada, el aire estaba quieto, algunas nubes decoraban el horizonte, hacía frío y en las cumbres de Sierra Nevada, relucían las nieves. En la ciudad, por las calles, plazas, colegios y miradores, las personas iban y venían como ajenas a las fiestas que llegaban.

En el arroyo, donde se juntan los dos cauces pequeños que bajan desde los olivos, los álamos se erguían quietos. Ya con sus hojas teñidas de amarillo y que a intervalos, arrancaba el leve vientecillo que desde el río subía. Por el suelo, las hojas amarillas que caían de estos álamos, iban dibujando una ancha, irregular y a la vez, hermosa alfombra de colores ocres. Por entre estas hojas, las setas brotaban y el musgo se veía verde.

En el cortijo, entre los dos arroyos a la altura de los olivos y parte alta de los álamos, la quietud reinabas. Desconchadas se veían las paredes del edificio, negras y rotas las tejas, por una de las chimeneas se veía salir un débil chorro de humo y todo estaba impregnado de olor a aceitunas recién molidas. Nadie se movía por el lugar y tan misterioso se veía la construcción que parecía como escondida en el tiempo. Como arropada y muy rota por los años y por eso también parecía que la soledad la envolvía en un extraño abrazo.

En la fuente, el pequeño manantial de agua fría y muy clara que brotaba cerca de los álamos, algunos pajarillos revoloteaban. Como dueños y a la vez ajenos, muy ajeno al momento, a la luz de la mañana, a la figura del cortijo y a los colores y olores que por aquí y a lo ancho envolvían. El agua que en la fuente brotaba desde las cuatro encinas y un gran peñasco, corría en busca del arroyo de los álamos. En un juego muy extraño, bello, rumoroso, frágil, mágico y poético.

La senda subía desde el río y, por entre los álamos, buscaba el arroyuelo de la derecha dirección al cortijo. Recorriendo despacio esta senda, subían ellos. Como en busca de algo importante y por eso en sus corazones parecía hervirle una potente ilusión. Ninguno pronunciaba palabra. En silencio, como si temieran perturbar la quietud que por todo el barranco parecía extenderse. Solo un par de avecillas, carboneros, saludaban con sus brillantes trinos desde las ramas de almeces o encinas.

Caía la tarde. El viento se mantenía en calma y en el cielo, las nubes iban cubriendo. Uno de los del grupo, preguntó al que subía delante:
- ¿Cuánto tiempo hace que ellos de este cortijo se marcharon?
- Mucho, mucho tiempo. Tanto que seguro ya todos habrán muerto de viejos.
- ¿Pero fueron niños por aquí corriendo, jugando y persiguiendo fantasías?
- Fueron niños y sus fantasías y juegos, en estos paisajes, rumor de agua, verde de las encinas, olivos y profundidades del barranco por aquí frescas se han quedado. Como si nunca, aunque pasen siglos, nada ni nadie pueda borrarlos ni mancharlos. ¿No sentí vosotros en vuestros corazones los sonidos y algarabías que ellos por estos sitios derramaron en sus juegos de niños?

Ninguno de los que caminaban arroyo arriba hacia los álamos, respondieron a esta pregunta. Se mantuvieron en su silencio como si, de alguna manera, pretendieran gustar y saborear en sus corazones, las hondas y deliciosas sensaciones que los paisajes, el vientecillo, la luz de la tarde y el silencio, les regalaba.

Llegaron a los álamos, donde la junta de los arroyos mostraban trozos de tierras llanas y por donde las hojas de los árboles tapizaban como en pequeñas alfombra de colores. El otoño las había ido arrancando de los tallos y ramas y el vientecillo las había esparcido por el suelo y junto a la clara corriente. En este lugar detuvieron sus pasos. Entre sí se miraron y luego, se pusieron y en poco tiempo montaron las tiendas. Por entre la alfombra de hojas de colores y lo más cerca posible de las aguas que por el arroyuelo se deslizaban.

Llegó la noche enseguida. La oscuridad lo cubrió todo y el frío comenzó a notarse. Acurrucados dentro de las tiendas estuvieron durante mucho rato, pendiente del silencio, emocionados con el rumor de las aguas deslizándose por los arroyuelos y muy atentos a los graznidos de algún mochuelo, lechuza, autillo o cárabos. Luego, el silencio fue total. Por el rincón de los álamos, en el puntal donde se desmoronaba el cortijo, por el olivar, entre las encinas y las laderas a un lado y otro. Todo, como si de

pronto la noche se hubiera parado en el tiempo y abrazara realidades hermosas, espirituales y delicadamente dulces y bellas.

Al amanecer, cuando ya el sol empezaba a llenar de luz los campos, se oyó el trino del carbonero. Pajarillo pequeño, hermoso, vivaracho y muy activo que curioseaba por entre las ramas de los almeces, álamos, encinas y olivos. Se despertaron ellos espabilados por los trinos de esta avecilla y al abrir sus tiendas y mirar, quedaron sin aliento. Por las laderas, a un lado y otro de los arroyos, la nieve cubría en un espeso manto blanco. Por el arroyo, el agua corría clara y en mucha más cantidad que horas antes y por donde el cortijo en ruinas, el sol iluminaba envuelto por el silencio y la quietud.

Sin pronunciar palabras, miraron ellos durante rato. En su interior, algunos cayeron en la cuenta que hoy era Navidad en todo el orbe. Y alguno pensó en la multitud de manifestaciones que por estas fechas, millones de personas llevan a cabo. Pero ellos, lejos de todas estas personas y escenarios, en este momento se encontraban en el centro de paisajes y mundos lleno de silencios, trinos de aves, luces y sombras y como abrazados por el alma de la naturaleza y la creación entera.

El que en el grupo, todos aceptaban como al guía, dijo:
- Los lugares, los paisajes que fueron escenarios de los juegos en nuestra infancia, serán siempre para cada uno de nosotros, los más hermosos mundos del universo. El cielo real y para la eternidad en el alma de cada persona. Por eso, al llegar la Navidad, todos, queriendo y la mayoría de las veces sin desearlo, volvemos a los escenarios y vivencias de nuestra niñez. Indica esto que quizá nada sea más valioso en la vida de cada ser humano. Con el paso del tiempo y más cuando llegan estas fechas, caemos en la cuenta y descubrimos con fuerza la realidad que acabo de comentar. La Navidad es como entrar a lo más profundo del corazón y ahí encontrarse, abrazar y saborear, lo más limpio y bello de nuestros primeros sueños.

Soñando la vida

II- Poco después, todos salieron de las tiendas. Extendieron sus brazos frente al sol de nuevo día, respiraron profundo el fresco aire de la mañana con olor a invierno, hojas secas y a escarcha y durante rato, en silencio y despacio se movieron de acá para allá. Pisando la extensa sombra de hojas amarillas que junto al arroyo, por debajo de los álamos y al borde del manantial, se extendía.

Luego, de nuevo indicó el guía:
- Hagamos una lumbre para calentarnos y asar bellotas y castañas. Tengo que contaros que para mí fue muy importante lo que en ese montículo de enfrente viví cuando de pequeño era dueño de estos paisajes.
- Pues hagamos una lumbre y mientras nos calentamos y asamos y comemos bellotas y castañas, escuchamos lo que deseas contarnos.
Dijeron ellos.

Se paró en este momento, en las ramas del viejo almez que crecía no lejos del manantial, un pequeño carbonero. Pajarillo no más grande que el tamaño de una nuez y que sin temor ninguno, se puso a cantar al tiempo que saltaba de acá para allá curioseando. Picoteó varias veces unos madroños que rojos y muy maduros, también colgaban de las ramas de la madroñera que al borde del manantial clavaba sus raíces. Se mezclaba este apetitoso fruto rojo con bayas de almecinas grises moradas que se habían desprendido de las ramas del viejo almez. Comentó uno del grupo, mientras ya preparaban la lumbre y ponían bellotas, castañas, almecinas, madroños y algunas setas, sobre la hierba no lejos del fuego:
- La Navidad sin madroños, bellotas, castañas, setas, hierba llena de escarcha, un manantial de agua limpia, la corriente de un arroyo, alfombra de hojas amarillas por el suelo, frío como el de esta mañana, olor a aceitunas maduras y nieve reluciendo sobre las cumbres, no tiene sabor auténtico a Navidad.
Y otro del grupo preguntó:
- Y de los recuerdos y nostalgia del pasado ¿Qué me dices?
- Que sin ellos, lo que acabas de pronunciar, la Navidad estaría hueca. Los recuerdos, nostalgia del pasado y añoranza de los que no están, es el sabor y corazón propio de estas fiestas.

Se acercaron a la lumbre rodeándola como apeteciendo el calor de las llamas y se dispusieron a la espera de algo hermoso. De la lumbre empezó a manar olorcillo de bellotas y castañas asadas y algunos rayos de sol empezaron a reverberar en la superficie de los pequeños y claros charcos que en el arroyo se estancaban. El que los había traído al lugar, miró para el cerro de enfrente y dijo:
- Por ahí me lo encontré yo aquel día.
- ¿A quién te encontraste y qué día fue aquel? Preguntó uno del grupo.

Comentó el guía:
- Era un día de invierno como el de hoy hacía frío, hacía viento, el cielo estaba manchado de nubes y la naturaleza entera, se veía parada. Vestida con los tonos del otoño y acurrucada en el frío del invierno. Lo había visto atravesar las laderas al norte del cortijo y, por entre la espesura de las encinas, venía siguiendo a su pequeño rebaño de ovejas. Solo, mirando como si buscara algo que intuía no iba a encontrar por los paisajes que recorría y acompañado, a cierta distancia, por el anaranjado perro mastín

que también se mezclaba con el rebaño. Llegó al pilar de cemento y alargado que en el comienzo del arroyo y final de la llanura, rebosaba de agua clara y fría. Bebieron aquí alguna de sus ovejas y él, del chorrillo que en la parte de arriba caía al pilar, bebió unos tragos y luego lavó sus manos. Siguió remontando por la sendilla del terreno y al llegar al final de la llanura, se fue derecho a la gruesa y vieja encina. Conocía él muy bien este árbol y por eso sabía que daba bellotas grandes y muy buenas de comer.

Con su garrote de acebuche, golpeó las ramas y las bellotas, ya muy gordas y bien maduras y de aspecto color marrón oscuro, poco a poco fueron cayendo al suelo. Guardó algunas en los bolsillos de su pantalón y luego guardó otras pocas en el zurrón de cuero. Se asomó al puntalillo y, durante unos minutos, estuvo observando las figuras del cortijo al comienzo del olivar. Sintió en su corazón el deseo de ver a alguien por aquí pero ninguna figura humana aparecía por ningún lado. A su mente vino el recuerdo de las dos niñas que, más o menos de su edad, en alguna ocasión había visto jugando por la era, tierra llana que se extendía a la entrada del cortijo. Por eso, también en más de una ocasión se había preguntado: “¿Quiénes serán y por qué tan solas juegan? Me gustaría encontrarme con ellas algún día para preguntarle cosas y jugar juntos. Me gustaría mucho conocerlas, saber cómo se llama y divertirme con los juegos que ellas practican.

Estas reflexiones y otras parecidas se hacía él cada vez que veía el cortijo o por aquí cerca pasaba. Nunca tuvo la suerte de encontrarse con ellas y esto hizo que su deseo aumentara y la imagen del cortijo poco a poco se fuera convirtiendo en algo misterioso en su corazón y espíritu.

Desde el pequeño collado ya solo unos metros de la encina de las buenas bellotas, se volvió para atrás. Ordenó a su rebaño de ovejas que se fuera para la era de los acebuches y él, se vino para el puntal de las jaras. Caminó un trecho yal llegar a donde tenía su tesoro, se paró. Miró despacio por todo el lugar y luego miró para el arroyo.

Tan metido en sí y concentrado estaba, que ni siquiera notó mi presencia. Desde donde yo me encontraba, lo había visto acercarse y veía su rebaño y las sendillas que recorría. No le dije nada porque pretendía que, en un primer momento, no me viera. Esperé y vi que recogía piedras y las movía de acá para allá. Las fue colocando como dando forma a algo y luego bajó por la ladera hacia el arroyuelo de la era de los acebuches. Por aquí buscó durante un rato y luego subió por las sendillas de la ladera. Con sus manos rebosantes de piedras que por el arroyo había encontrado. Al llegar a donde parecía tener su tesoro, se agachó y empezó a colocarlas en la construcción que estaba creando.

Dejé que pasará el tiempo y observé interesado. Luego, procurando que mi presencia no le perturbara, me acerqué, y le pregunté:
- ¿Qué haces?
Al mirarme, noté en su rostro las señales de extrañeza por mi presencia. Como si nunca me hubiera visto ni me conociera de nada. Pero al rato, me dijo:
- Es algo muy importante y personal lo que por aquí estoy haciendo.
- Me intriga y por eso me gustaría que me contarás.
Y sin más preámbulo, explicó:

- Esto que ves aquí, es el centro de un reino. El corazón mismo de este reino y por eso hay un castillo o palacio, una pequeña ciudad que rodea a este castillo y desde estas alturas, laderas abajo a un lado y otro, son las tierras propiedad de las personas que reinan y viven en este palacio. Algunos reyes, príncipes y princesas y los que habitan las casas. Y allí, siguiendo por lo alto de este puntal y a sólo unos metros del castillo, hay otro corazón de un reino distinto. Es más pequeño, tiene menos propiedades y las personas son también menos.

Pero aquellos de allí, aunque son menos, tienen muchas ambiciones y se creen fuertes. Se han puesto en lucha con los de este reino más grande y quieren apropiarse de parte de esta ladera, del arroyo, del manantial que ahí brota y las encinas que hay por este lado. Yo no estoy de acuerdo con estas luchas ni tampoco que se quiten cosas los unos a los otros. Se lo digo y hago lo posible por que haya paz pero no lo consigo. Quiero mantener los otros reinos, palacios y gobernantes en paz y en sus lugares y por eso dedico esfuerzo y tiempo en unos y otros. Ahora estamos levantando unos recintos en los palacios corazón de los reinos y así los ocupo en cosas buenas y gratificantes. Porque además, un día, quiero traer por aquí a mi amiga, la niña que vive en ese cortijo blanco al borde del olivar. Quiero regalarle a ella algo hermoso, interesante y bueno.

Concluyó con estas palabras la narración de su sueño. Medité un momento y luego le pregunté:
- ¿Y tú qué ganas en todo esto?
- Desde luego rey o gobernante de estos reinos que te digo, no quiero ser. Tampoco me quiero eregir ni en guía ni en sabio.
- ¿Entonces?

- Lo que sí me gustaría es tener a muchas personas conocidas. Amigos con lo que compartir las cosas que en mi mente tengo.

No le hice más preguntas. Tampoco me seguí metiendo en lo que tenía entre manos. Lo dejé tranquilo despidiéndome de él y alejándome de ese lugar. Más tarde, pasado unas horas, lo vi alejarse de ahí y siguiendo a su rebaño de ovejas. Lo vi al día siguiente por donde la fuente de las alamedas, por el arroyo que baja de las minas y por los llanos de las encinas. Lo vi el otro día y al otro, al mes siguiente, en primavera, en verano y a lo largo de aquel año y del siguiente y muchos más años. Siempre iba solo, guiando al rebaño de ovejas que no era de su propiedad y, con frecuencia se paraba a juzgar por los arroyos, laderas, fuentes o manantiales y en los troncos de los viejos olivos. Al pasar cerca del cortijo que vemos ahí por donde el olivar, siempre se paraba y lo observaba como buscando o esperando algo.

Hasta que un día, de la noche a la mañana, de pronto desapareció de aquí para siempre. Nunca más volví a verlo surcando las veredas o buscando bellotas en las encinas. Pero en mi corazón se quedó estampado la imagen de aquel niño formando parte de estos paisajes. Lo sueño muchas veces y lo veo siempre niño solitario y risueño, metido en sí y buscando reinos con castillos y princesas. Y es por todo esto por lo que en momentos como estas fechas, he querido traeros a este sitio. Ya os lo dije antes: en Navidad, todas las personas deseamos con fuerza volver a los lugares que fueron escenarios en nuestras etapas de niños. Quizá porque pasado el tiempo, todos descubrimos que nada hay ni existe en este mundo que nos sacie de verdad y dé la felicidad que el corazón necesita y apetece. Quizás por esto o quizás porque la etapa de nuestra niñez, llena de inocencia, ilusiones, fantasías y pureza, sea el tramo más verdadero de la vida de cada persona. Quizá sea esto y por eso el corazón y el espíritu busca con fuerza los lugares que os estoy diciendo.

Guardó silencio el guía. Los que le daban compañía también se mantuvieron en silencio durante un rato y luego, uno de ellos preguntó:
- ¿Y tú crees que aquel niño ya habrá muerto de viejo?
- Puede que sí y por eso gritan con más fuerza todos estos lugares.
- ¿Pero el cortijo, tú, los manantiales, los recuerdos los olivos y toda la naturaleza por este rincón?
- Todo eso, como podéis comprobar, sigue vivo por aquí y en mi corazón. Y yo, aunque no fui aquel niño sí lo soy.
Otro del grupo preguntó:
- ¿Cuántos años hace ya de aquello?
- Más de ochenta y con vuestros propios ojos lo podéis comprobar.